

X.

En que se verá cuán cierto es aquello de que "nunca la prudencia es miedo."

Doña Blanca de Mejía vivía verdaderamente en un duro cautiverio, y sin embargo su persona era objeto de profundas cavilaciones, por parte de su hermano Don Pedro para obligarla á tomar el velo; por parte de Don Alonso para obtener su amor y su mano, y en el fondo, ni el uno la aborrecía de corazón, ni el otro la amaba; el interes movía tan sólo á aquellos dos hombres. Blanca sufría resignada como un ángel todas aquellas persecuciones sin quejarse siquiera porque la única persona á quien podía abrir su corazón era su madrina Doña Beatriz, y ésta habia entrado al convento.

Doña Blanca se consumía sola con su infortunio, como se marchita con los rayos del sol una flor en una playa arenosa.

Don Pedro solo contra ella se ensañaba, porque era el único obstáculo que encontraba á su paso; pero para Don Alonso el obstáculo principal era Don Pedro, y aunque mintiéndole amistad no pensaba sino en hacerle desaparecer para dirigirse con mas franqueza á Doña Blanca.

La noche siguiente á los acontecimientos que referimos en

el capítulo anterior, á las ocho y media Don Alonso llegaba á la casa de Don Pedro, seguido de Teodoro que llevaba un farol para alumbrar el camino á su señor.

Doña Beatriz antes de profesar dió á Teodoro carta de libertad pero el negro juró á su señora averiguar todo lo relativo á la muerte del Oidor, y con su natural sagacidad comprendió que aquel golpe habia salido de Don Pedro y Don Alonso, y conoció tambien que ganando la confianza de su amo muy pronto se haria dueño de aquel secreto: en su interior habia jurado vengar á Doña Beatriz y á Don Fernando, y Teodoro era hombre que sabia cumplir sus juramentos.

Don Alonso entró á los aposentos de Don Pedro, y Teodoro apagó su farol y se sentó en el corredor en la puerta de la antesala, no tenia ni con quién platicar, porque como era de noche no habia allí mas visita que Don Alonso, no habia tampoco ni lacayos ni esclavos esperando con faroles á sus amos.

Comenzaba ya á dormirse cuando oyó pasos por la escalera y apareció una dama encubierta con un escudero por detrás.

Aquella debia ser alguna aventurera.

Al llegar cerca de Teodoro, que procuraba ocultar su rostro y que se fingió dormido, la dama dijo á su rodrigon.

—Debe de estar aquí álguien de visita, porque miro un esclavo aguardando con un farol.

Teodoro sintió helarse su sangre, aquella voz era demasiado conocida para él, era Luisa; ¿Luisa en la casa de Don Pedro de Mejía?

—Si quereis que pregunte á este esclavo—contestó el Ahuizote, que era el que acompañaba á Luisa.

—Es inútil, me haré anunciar, y hablaré á solas con Don Pedro de Mejía.

Luisa entró, y el Ahuizote comenzó á pasearse por el cor-

redor mirando las plantas y los tìbores de china, y el reverbero formado de pedacitos de vidrio con mechero de aceite, que alumbraba la escalera, hasta que cansado se sentó.

Teodoro se sentía devorado por la curiosidad; cualquiera cosa hubiera dado por saber á qué venía Luisa, pero le era imposible.

Esperaba ver salir muy pronto á Don Alonso, pero no fué así; ni Luisa ni Don Alonso salían, era una conferencia sin duda muy larga.

Nosotros mas felices que Teodoro vamos á ver lo que pasaba en el interior de la casa de Don Pedro.

Luisa se dirigió á un lacayo y le dijo.

—Hacedme la gracia de decir á vuestro amo, que una dama desea hablarle á solas.

El lacayo pensó prudente pasar inmediatamente el recado.

—¡Una dama!—dijo Don Pedro admirado.

—Sí señor—contestó el lacayo—cubierta y enlutada.

—Me retiro para dejaros en la mas completa libertad—dijo Don Alonso.

—Oh, de ninguna manera, que otra sala hay donde pueda hablar yo con esa señora, y como me figuro que no será asunto muy largo.....

—Entonces os esperaré.

—Que pase esa dama—dijo Don Pedro al lacayo—á la sala encarnada.

El lacayo hizo una reverencia, salió y condujo á Luisa á una sala cuyos muebles estaban tapizados de damasco de seda encarnada.

Luisa quedó allí sola, pero á pocos momentos se presentó Don Pedro.

Luisa inclinó graciosamente la cabeza, levantándose un poco del sitial para saludar á Don Pedro.

—Señora—le dijo galantemente Mejía porque el talle de aquella muger y sus manos eran hechiceras, y al través del tupido punto de su velo se adivinaba el brillo de sus ojos—permitidme que antes de preguntaros en qué tendré la dicha de seros útil, me felicite por la fortuna de veer en esta casa, dama que debe ser tan principal como bella.

—Don Pedro—dijo Luisa levantándose el velo—¿me conocéis?

—¡Luisa!—esclamó Mejía sorprendido.

—Sí, Luisa, á quien sin duda habiais olvidado ya.

—¿Olvidado? no, pero vuestra desaparicion.

—Segura ya de vuestro amor, quise huir de la imprudente solicitud de tantos que llamándose amigos, no van á la casa de una viuda jóven y hermosa, sino con la esperanza de tener parte en la herencia del difunto.

—Bien, ¿pero sin avisarme? sin decirme siquiera adios?

—Para hacer una accion que es buena no es preciso avisar; deciros adios, ¿y para qué, cuando tan poca pena tomásteis por mi ausencia? si hubiérais querido, pronto me hubiérais encontrado.

—¿Pero en qué puedo ahora seros útil—dijo Mejía queriendo cortar aquella conversacion, y saber definitivamente cuáles eran las intenciones de Luisa.

—Vengo nada mas á preguntaros, ¿para cuándo habeis fijado el dia de nuestra boda?

—¿De nuestra boda?—preguntó Mejía haciendo un gesto de disgusto—¿aun insistís en eso?

—¿Que si aun insisto? pues qué olvidais que tengo una formal promesa vuestra?

—¿Y si yo me resistiera á llevarla á efecto?

—No creo que lo hiciérais.

—Por qué, ¿no estoy en mi derecho?

—¿Y habeis cejado por temor?

—No Don Alonso, por prudencia. Oíd lo que ha pasado con ella.....

—Por mi fé que la cosa está mas séria de lo que yo creia, dijo Don Alonso despues de escuchar la relacion de Don Pedro—y lo peor del caso es, que segun se ve, esa muger sabe cuanto ha pasado y nos puede envolver á los dos en la misma ruina.

—Así es en efecto—dijo Don Pedro—por eso es que ahora mas que nunca debemos disponernos á combatirla.

—Quizá no haya mas medio que condescender con ella, y despues mirar como nos libramos de su presencia.

—Eso será para el último caso, mientras probaremos á vencerla, mañana la he citado para vuestra casa y me ha prometido llevar el documento: si pudiéramos disponer las cosas de manera que nos apoderásemos de su persona, le quitaríamos ese documento y luego.....

—Pero, ¿suponeis que ella no sospecha ya que se trata de tenderle una celada?

—No, nada sospecha, os lo aseguro.

—Entonces prepararé las cosas de manera que si hubiese necesidad del rigor.....

—Eso es, eso es.....

—¿A qué hora es la cita?

—A las ocho de la noche.

—Os esperaré.

.....
Luisa seguida siempre del Ahuizote llegó á la casa de la bruja.

—¿Qué tal?—dijo la Sarmiento al verles entrar.

—Así, así—contestó con indiferencia Luisa—me ha citado Don Pedro para mañana en la noche, y espero que allí se arreglará todo.

—¿Para dónde os citó?

—Para la calle de la Celada, á las ocho, y me encargó que no deje de llevar el documento.

—¿Y cumplireis?

—Cumpliré, aunque la cita en la calle de la Celada tiene traza de ser una verdadera celada, pero tomaré mis precauciones.

—Y hareis perfectamente.

—Sí, que en todo caso no es miedo la prudencia, y nunca cuando se trata con personas de esta clase.—Ahuizote te espero mañana á las oraciones, y cuida de buscar tres ó cuatro compañeros de confianza, y bien armados que vengan tambien contigo: puedes retirarte.

El Ahuizote saludó y se retiró.

—Ahora nosotras á descansar—dijo Luisa.

—A descansar—replicó la Sarmiento—que mañana será otro dia.

ALFONSO
UNIVERSITARIO
C. O. N. E. I.

XI.

Como en donde menos se piensa

Don Pedro y Don Alonso esperaban con impaciencia la hora de la cita con Luisa, en la casa de la calle de la Celada.

Todo estaba dispuesto por ellos de la manera mas á propósito para apoderarse de aquella muger, si la ocasion se presentaba favorable para hacerla desaparecer.

Don Alonso no queria tener mas auxiliar en la empresa que á Teodoro, á quien no conocia sino por su lealtad con Doña Beatriz, y su discrecion.

Teodoro tenia ya en toda forma su carta de libertad, otorgada por Doña Beatriz; pero ni habia querido mostrarla, ni hacer uso de ella, como hemos visto, con el solo objeto de seguir la pista á los que habian causado la muerte del Oidor, y la desgracia de Doña Beatriz.

Sonaron las ocho de la noche en un inmenso reloj que habia en la sala en que Don Pedro y Don Alonso esperaban, y los dos dirijieron instintivamente la vista á la puerta por donde debia aparecer Luisa.

Teodoro habia recibido orden de ocultarse en el alféizar de una ventana, cubierto por el cortinaje, y de no aparecer hasta que fuese llamado.

Era llegado el momento, y una silla de manos penetró en la casa de Don Alonso conducida por dos robustos mocetones, y escoltada por otros dos que llevaban luces para alumbrar el camino.

Los hombres con la silla llegaron hasta la antesala, y allí la colocaron cuidadosamente en el suelo: uno de los escuderos, que era el Ahuizote, abrió la portezuela y Luisa enlutada como en el dia anterior salió de la silla.

Un lacayo esperaba ya en la antesala para anunciar á su amo la esperada visita: el lacayo era un hombre de toda confianza para Don Alonso, que habia tenido cuidado de alejar á todos los demas criados, para que nada advirtiesen de lo que allí podia tener lugar.

—Anunciad á unos señores, que deben estar adentro—dijo Luisa al lacayo—que aquí está la dama á quien aguardan.

El lacayo hizo una reverencia y entró.

—Es un hombre solo—dijo Luisa precipitadamente al Ahuizote—nadie mas hay por aquí.

—Todo va bien, saldrá como lo habeis dispuesto.

El lacayo volvió.

—Señora—dijo á Luisa—podeis pasar—y abriendo la puerta se inclinó respetuosamente, dejando pasar á la dama.

—Decid á mis criados que se retiren al pié de la escalera, á esperar que se les llame—dijo Luisa al entrar; pero de manera que esta orden fuese escuchada por los que estaban esperándola, y por los que la habian traído y estaban en la antesala.

—Muy bien señora—contestó el lacayo cerrando la puerta por donde habia entrado Luisa.

El hombre se volvia á dar á los conductores la orden de la señora, cuando repentinamente todos ellos, sacando los puñales que traian ocultos, se lanzaron sobre él y le rodearon.

—Si das un solo grito, eres muerto—dijo el Ahuizote.

—Pero, señores—contestó el lacayo temblando.

—Nada te haremos—agregó el Ahuizote—pero obedece, y en primer lugar desnúdate de la librea; pero inmediatamente.

El lacayo sin replicar se desnudó.

—Ahora entra en esta silla.

El hombre obedeció, y la silla fué colocada en un rincon.

—Si haces el menor ruido mueres en el acto—dijo el Ahuizote—ahora tú vístete esta librea—agregó dirijiéndose á uno de los que lo acompañaban.—Con ella podrás explorar sin temor de que por el traje vayas á infundir sospechas.

Aquel otro hombre se vistió la librea, y en un momento quedó trasformado.

—Ahora mira en los cuartos de aquí cerca si hay álguien.

El hombre salió con precaucion y volvió diciendo:

—Nadie.

—Bueno—dijo el Ahuizote—á cualquiera que venga, tú lo despedirás como lacayo del señor Don Alonso: ahora á nuestros puestos.

Y todos se agruparon en la puerta á escuchar lo que pasaba adentro.

—¿Habeis traído con vos la escritura? decia dulcemente Don Pedro.

—Sí que la traje; pero antes prudente seria que hablásemos—contestó Luisa—que al fin solos podemos considerarnos, porque Don Alonso está tan interesado como vos en el asunto.

—¿Por qué decís eso? preguntó Don Alonso.

—Para esplicarlo, ¿me permitireis contaros una historia, que será corta pero interesante?

—Hablad, señora—dijo Don Alonso—que en todas partes

la belleza y el talento tienen derecho mas de mandar que de pedir.

—Verdaderamente sois muy galan, pero escuchadme.

—Habia en una ciudad una hechicera que se llamaba, como vos querais llamarla, supongamos la Sarmiento, y me ocurre este nombre porque he oido mentar mucho en México á una que lleva este nombre: ¿vosotros la conocéis?

—No, no—dijo mostrando indeferencia Don Alonso.

Don Pedro no se atrevió á contestar.

—Pues bien—continuó Luisa—eso no importa, pues esa muger tenia los secretos de muchos y ricos señores de aquella ciudad: una vez supo ella que una dama muy protectora suya, estaba en un muy grande trabajo, porque un sugeto se negaba á cumplirla, una palabra que la habia empeñado, y como él era poderoso y fuerte, y la dama débil y desvalida, creía él que podría burlarla con solo querer. La hechicera fué á la casa de la dama, y la dijo—Buena señora, sé lo que os pasa, y no os apeneis, que vos me habeis hecho beneficios, y yo me precio de agradecida, tomad este amuleto, y con él lograreis dominar la voluntad, no solo de vuestro rebelde amigo, sino de un compañero suyo tan identificado con él en suerte, que lo que á uno quepa, en virtud de este amuleto, cabrá tambien al otro.

—¿Y qué amuleto fué ese?—preguntó Mejía, procurando disimular su turbacion.

—El velo de una novicia, teñido con la sangre de un Oidor, que debia haber sido su esposo.

Don Alonso y Don Pedro quedaron sombríos.

Teodoro se estremeció en su escondite, y Luisa con una terrible sangre fria, continuó.

—Pues la hechicera esplicó á la dama como aquel velo, tinto con aquella sangre, se habia comprado con dinero que los

dos enemigos de la dama habian prodigado, y le esplicó todas las circunstancias que habian mediado para conseguirlo. Ahora que tal vez comprendereis la moral de mi cuento, comenzaremos á tratar de nuestro negocio.

—Está bien—dijo Don Pedro tratando de sobreponerse á su malestar—¿cuánto exijis por devolverme mi palabra de casamiento?

—¡Exijir! yo nada pido por ella, ni mi intencion ha sido nunca la de venderla. Don Pedro, desde anoche he creido inútil esta conferencia, porque no exijo mas sino que me contesteis si estais dispuesto á cumplir vuestra palabra ó no, y yo no saldré de esta pregunta.

—Señora—dijo Don Alonso.

—Caballero, os suplico que á mí nada me digais; aconsejad á vuestro amigo, en el concepto de que si se niega iremos ante los tribunales, y podré referiros delante del alcalde, ó de la misma Audiencia, el cuento de la Sarmiento con todos sus por menores: ¿lo entendeis?

Luisa calló y los tres quedaron en silencio: de repente Don Pedro, con una mal fingida alegría, exclamó:

—¡Luisa mia! habeis vencido; vuestro será mi nombre, como mia será vuestra hermosura: dama de tal ingenio y tal belleza, digna es de un monarca.

—Gracias á Dios—dijo hipócritamente Don Alonso.

—Al fin Don Pedro ¿reconoceis vuestra injusticia conmigo?

—Sí, Luisa mia, sí, venid á mis brazos, y séllese nuestro eterno amor.

Don Pedro estrechó entre sus brazos á Luisa dulcemente.

—Esposa mia, ¿en dónde está esa promesa? que ahora mas que nunca me alegro de haber firmado, porque va á hacer mi felicidad.

—Aquí está esposo mio, aquí—dijo Luisa sacando de su

seno un pergamino—ingrato, que habeis hecho padecer tanto á mi corazon.

—Me arrepiento, me arrepiento de todo eso—dijo Don Pedro verdaderamente contento, por tener en su mano el pergamino objeto de tantas ansias—y en prueba de ello, mirad cómo voy á destruir esta escritura para que veais que este matrimonio no mas que á mi amor lo debeis.

—Lástima—decia candorosamente Luisa, mirando arder con gran dificultad el pergamino en una bujía—lástima, ya se consumió todo, ¿y cuándo será la boda?

—Ya veremos, ya veremos—contestó Mejía menos amoroso que antes.

—Es que yo quiero que sea muy pronto—insistió Luisa.

—No puede ser, tengo mil negocios que arreglar antes, y no podrá ser la boda hasta dentro de un año.

—¿Un año? no, imposible, no me espero.

—Entonces no esperéis, haced lo que os plazca.

—Lo que me place es que sea en este mes, ó de lo contrario me presentaré.

—Presentaos—dijo sonriéndose Mejía—y llevad á la Audiencia esas cenizas, no dejarán de haceros caso.

—¿Conque para eso quisísteis la escritura?

—¿Os figurais que soy un niño, que habia de tenerla en mis manos y habia de dejar que volviera á las vuestras, conociendoos?

—¿Os figurais, vos, Don Pedro—dijo sonriéndose Luisa, que yo soy acaso una niña, que conociendoos á mi vez, os hubiera entregado la escritura?

—¿Qué decís?

—Lo que habeis oido, Don Pedro; ese pergamino que os he dado, y que vos tan traidoramente habeis entregado al fuego, no era vuestra promesa de matrimonio.

—¿Qué era, pues?

—Un pergamino cualquiera que traje a prevención, porque suponía ya esta jugada de parte vuestra.

—Pero eso es una traición.

—¿Y cómo llamáis á la vuestra?

—No, eso no puede ser cierto, el pergamino quemado era mi promesa, y quereis espantarme, porque no os queda ya otro recurso.

—¿No lo creéis? Pues mirad vuestra promesa—dijo Luisa retirándose y mostrando á Don Pedro el documento original, mirad.

—Luisa, habeis cometido una imprudencia enseñándome ese pergamino que necesito quitaros, y que viva ó muerta os tengo de arrancar, porque lo que es hoy, lo he jurado, que no saldreis de aquí con él, y vive Dios que hombre es Don Pedro de Mejía para cumplir lo que una vez ofrece.

—Probad á quitármele—dijo Luisa.

Don Pedro y Don Alonso hicieron intencion de lanzarse sobre Luisa, pero ésta dió un paso atrás y sacó de su seno un puñalito agudo y brillante.

—Si os atreveis á acercaros, sois muertos.

—Luisa, entregad ese documento—dijo Don Alonso—ó nos obligareis á usar de la fuerza.

—¿Creeis que tendré miedo á los asesinos de Don Fernando de Quesada?

—Luisa—dijo Don Pedro.

—Teodoro—gritó Don Alonso.

—Entrad—dijo Luisa al mismo tiempo, dirigiéndose á la puerta.

Don Pedro y Don Alonso retrocedieron espantados, al ver entrar por la puerta de la antesala á tres hombres con puñales.

ALFONSO
UNIVERSITARIA
V. O. N. L. I.

Luisa á su turno cobró valor y se dirigió sobre ellos.

—Don Pedro—dijo Luisa—ya veis que mal os ha.....

La palabra de Luisa se heló en sus labios. Teodoro mudo y sombrío con los brazos cruzados les contemplaba.

Luisa se quedó enteramente turbada; muerto Don Manuel de la Sosa, Teodoro era el único hombre que la conocía sobre la tierra.

Don Alonso observó el efecto que la presencia de su esclavo obraba en Luisa, y sin meterse á averiguar la causa, quiso aprovecharse de él.

—Teodoro—le dijo—has que salgan esos hombres, y conduce á esta señora allá dentro.

—Señor—contestó Teodoro—no seré yo el que sobre esta dama ponga mi mano, á pesar de que mas que vosotros tenía yo el derecho de hacerlo.

Habia pronunciado Teodoro estas palabras con tanta dignidad, que Don Alonso le miró espantado, sin creer casi que él hubiera sido.

—Es decir—le preguntó—que te revelas contra la voluntad de tu amo.

—Aquí, señor, ya no hay ni amo, ni esclavo, sois un caballero y mi señor; pero yo soy libre por escritura atorgada por mi señora Doña Beatriz de Rivera, ante el escribano Félix de Matoso Salavarría.

—Pero entonces ¿por qué no te has separado de mi servidumbre?

—Esperaba solo lo que he alcanzado á conseguir hoy.

—¿Y qué has conseguido?

—Saber quiénes son los culpables de la muerte de Don Fernando de Quesada, y de la desgracia de mi ama Doña Beatriz.

—¿Con que tú me traicionabas?



MONJA Y CASADA.

Probad á quitarme! — dijo Luisa. Pag. 268.

L. de Rivera delgado